

*Para Jane Austen. Lo siento, Jane.*



# CAPÍTULO UNO

Todo empezó en una fiesta, como suele ocurrir con casi cualquier cosa de interés.

Aquella en particular no había sido un gran acontecimiento, en absoluto. La cena había sido claramente escasa. El violista, más que tocar el instrumento, parecía que le estuviera dando una paliza. La insuficiencia de velas —causada sin duda por la falta de organización de la anfitriona, y no tanto por la escasez de medios económicos— sumió todas las estancias en una penumbra que resultaba peligrosa.

—¡Así es más romántico! —había exclamado la señora Burton con alegría cuando unas horas antes hizo una visita por la casa. Había evitado por poco chocar de bruces con una criada que portaba una bandeja con ponche aguado, una muchacha que se apartó con agilidad y que fue engullida por las sombras de inmediato.

No era más romántico. Su tía le había prometido una noche de bailes gráciles, amistades delicadas y florecientes, y abundancia de solteros disponibles con abrigos largos y bigotes elegantes. Sin embargo, Georgiana estaba recostada en un sombrío rincón del vacío pasillo, atando y desatando los nudos de su segundo mejor vestido y pensando con melancolía en funerales vikingos.

Los guerreros nórdicos ardían en piras junto a sus barcos, acompañados de la mayoría de sus pertenencias. Georgiana había leído acerca de aquella costumbre en uno de los libros de su tío y había conversado con él al respecto con entusiasmo y en detalle unos días antes, mientras cenaba en la mesa de los Burton y comía patatas. Había estado a punto de llegar al momento en que las esposas y los sirvientes seguían a sus amos a la muer-

te cuando su tía asestó un golpe en la mesa con la mano en una demostración de fuerza impropia de ella y gritó:

—¿Has terminado ya, Georgiana?

La muchacha había levantado la vista de las patatas y se había encontrado con una expresión de horror en el rostro de su tía.

—Lo siento, señora Burton, pero, si me permite terminar, le diré que no creo que las esposas y los sirvientes dieran importancia al hecho de seguir a los vikingos hasta la muerte. Los escandinavos creían en una especie de paraíso. Si el señor Burton se cayera mañana durante el paseo matutino y se abriera la cabeza con una piedra, ¿a usted no le gustaría acompañarlo? Si el paraíso es tan maravilloso como todo el mundo dice, serían como unas vacaciones. Tiene tantas ganas de ir a St. Ives en septiembre que sería como poder visitar el municipio costero antes de tiempo. ¿Acaso no se abalanzaría a una pira en llamas si así pudiera estar en St. Ives mañana mismo?

Obviamente, la señora Burton no lo haría. Y el tema de los vikingos quedaba en adelante prohibido en toda conversación cortés.

\* \* \*

En los trece días que llevaba en la casa de su tía y de su tío, Georgiana había llegado a conocerlos muchísimo mejor que en los últimos veinte años de su vida. Enseguida le quedó claro que, si bien los Burton eran un matrimonio muy amable y acomodaticio, también eran grandes especialistas en llenar los días y las semanas con el tipo de monótonas minucias en las que Georgiana no hallaba placer alguno. Habían desestimado cualquier sugerencia de una salida o una actividad que prometiera el más mínimo parecido a una aventura o travesura con la aseveración de que ella todavía «se estaba instalando».

Georgiana ya se había instalado tanto que, si la obligaban a

instalarse un poco más, era probable que perdiera la conciencia por completo y se convirtiera en parte de la estructura de la casa; como un muro de carga, pero en ser humano. Hacía poco había pasado toda una tarde en su nuevo y reducido dormitorio, obligada a probarse todas y cada una de las prendas de ropa que poseía, mientras la señora Burton y su tímida criada, Emmeline, revisaban con atención cualquier remiendo o alteración necesaria. Para cuando comenzaron a alabar su último vestido, Georgiana ya estaba impaciente, a la defensiva y con los ojos como platos por la irritación.

Era obvio que, en opinión de la señora Burton, el proceso de «instalarse» adecuadamente requería un período de aburrimiento y soledad tan atroz que dejaba a la persona en cuestión en un estado de letargo que la hacía menos proclive a rebelarse contra las costumbres de la casa. Pero todo tiene un límite. Hasta la cantidad de veces que una joven puede leer los anuncios locales u ordenar cientos de alfileres por tamaño o hablar de la planificación de los menús para tres personas como si fuera un banquete para cinco mil. La mañana en que el caballo de un vecino se había escapado y había dado vueltas por el jardín, incoherente en su libertad, fue un momento de tal emoción que Georgiana se aferró a aquel recuerdo durante varios días.

No era así como alguien empezaba de cero en las novelas, y Georgiana había leído una ingente cantidad de ellas. Dos semanas atrás, había arrastrado un baúl que la doblaba en tamaño hasta la casa de su tía y de su tío, lleno de los volúmenes que había sido incapaz de dejar en su casa. En todos los libros que había leído cuyas heroínas empezaban de cero en un nuevo pueblo o ciudad o castillo, la protagonista emprendía al poco una sucesión de emocionantes aventuras o se perdía en un páramo con gran dramatismo o se desmayaba en los brazos de un caballero (muy atractivo) que pasaba por su lado.

En ninguna de esas historias la protagonista se había pasado dos semanas contemplando una mancha de humedad en el techo del salón, preguntándose si se parecía más a un hombre cayendo de un taburete o a un búho jugando al billar.

Georgiana le había implorado a su tía en reiteradas ocasiones que la llevara a una reunión social, y suponía que aquella fiesta era su castigo. Llevaba casi una hora escondida en esa hornacina y deseaba haber hecho gala de la suficiente clarividencia como para haber traído un libro consigo. Ese lugar le ofrecía el enclave perfecto para observar las idas y venidas de los invitados al pasar del comedor al salón principal, así como para escuchar sus conversaciones a escondidas. Por desgracia, sus anfitriones, los Gadforth, al parecer solamente conocían a hombres y mujeres mayores de cuarenta y cinco sin ningún tipo de personalidad. Georgiana había oído dos veces la misma conversación entre dos grupos de personas, acerca de si las cortinas del comedor eran rojas o moradas y cuál de esas dos opciones representaba una elección más estridente. Los involucrados en ambas ocasiones habían aceptado por unanimidad que cualquiera de las dos resultaba indecorosa, pero que en la casa reinaba demasiada oscuridad para llegar a un acuerdo, así que retomarían la cuestión en el futuro, a una hora del día más conveniente.

—Son cortinas de color ciruela —masculló Georgiana para sí misma mientras se apoderaba de su copa después de que el último grupo de expertos en telas decorativas se hubiera alejado lo suficiente como para no oírla.

—Sandeces. Son de color burdeos.

La respuesta sonó tan cerca de su oído que Georgiana volcó la copa, sorprendida. Notó cómo el ponche imbebible de la señora Gadforth le empapaba el vestido y las enaguas, y se giró para dar con el origen de aquella voz.

La repisa en la que Georgiana se había colocado se alzaba de-

trás de una hilera de columnas que simulaban el estilo griego; le resultó evidente que alguien más había empleado una de las otras de un modo similar sin que ella se diera cuenta. Oyó el crujido de las faldas, vio una mano delgada que aferraba la columna y entonces, sin apenas pensarlo dos veces, se desplazó para que la intrusa que se comportaba como ella se sentara a su lado.

Bajo la tenue luz, Georgiana divisó una silueta esbelta con tez oscura y una sucesión de rizos negros recogidos de forma enrevesada en lo alto de la cabeza. Llevaba un perfume embriagador y floral, y, cuando la desconocida le tendió una elegante mano para que se la estrechara, Georgiana vio un destello de gemas relucientes y oro destellante.

—Frances Campbell —se presentó la muchacha con voz refinada, y, antes de que Georgiana respondiera, añadió—: Es sin lugar a dudas la peor fiesta a la que he asistido nunca. Si ocurriera algo remotamente emocionante, creo que a todos les daría un síncope.

—Soy Georgiana —dijo ella—. Ellers.

—¡Ah! Yo no estaría aquí si no fuera porque mi padre vendió un cuadro a los espantosos Godforth. Pagados de sí mismos, se regodeaban del triunfo que supondría y de los grandes amigos que esperaban que fuéramos todos. Era un cuadro horroroso, mi padre no veía el momento de librarse de él; para su desgracia, lo había heredado. Pero supongo que aquí encajará a la perfección con todo... esto. —Agitó una mano hacia las ofensivas columnas.

—Se llaman Gadforth —dijo Georgiana, y se preguntó si de pronto tan solo era capaz de pronunciar nombres.

Al parecer, Frances Campbell no reparó en el error. Había puesto una mano sobre la repisa, entre ambas, y luego la retiró nuevamente.

—Pero ¿qué diablos le ha ocurrido a tu vestido? —De alguna manera, Georgiana había olvidado por completo que se había

vertido el ponche por encima, pero Frances metió el dedo en la lлага—. Espero que no fuera uno de tus preferidos. Otra trágica consecuencia de este ponche repugnante. Pero no te preocupes. Bebe un poco de esto.

Le entregó a Georgiana un pequeño frasco, que esta aceptó y se llevó a los labios con un gesto de aturdimiento, sin pensar, antes de empezar a toser cuando algo más fuerte que el ponche le abrasó la garganta.

—Es coñac. Asqueroso, ¿verdad? —dijo Frances con una sonrisa mientras Georgiana seguía tosiendo—. Bebe un poco más.

Y Georgiana bebió.

Jamás había conocido a nadie capaz de causar tal impresión en tan poco tiempo. Conocía a Frances Campbell desde hacía quizá cincuenta o sesenta segundos, y ya temía el momento en que la joven se levantaría de la repisa y abandonaría a Georgiana para que pasara la noche a solas de nuevo. Evidentemente, no era una intrépida aventurera ni un despeinado caballero, pero Georgiana supo de inmediato que estaba delante de un personaje protagonista.

—No puedo creerme que tengan la osadía de llamar «fiesta» a esto —iba diciendo Frances. Gesticulaba con grandes aspavientos con la mano libre, mientras con la otra recuperaba el frasco de coñac—. Es tan divertida y encantadora como el funeral de un perro. Y ¿por qué está tan oscuro? Hace un rato he estado a punto de tropezar con el dobladillo de la falda y caerme por una ventana, y se me ha ocurrido que, en realidad, quizá sería incluso preferible. Al fin y al cabo, estamos en la planta baja.

Georgiana rio por la nariz, y enseguida se avergonzó por haber emitido un ruido tan repulsivo.

—¿A ti quién te ha arrastrado hasta aquí?

—Ah. —Georgiana se aclaró la garganta; tenía la voz ronca después de no haberla utilizado en una velada en que mayor-

mente se había comunicado mediante humildes asentimientos—. Estoy pasando una temporada en casa de mi tía y mi tío, los Burton. Creo que hace un tiempo que son amigos de los Gadforth. Los Burton son encantadores —se apresuró a añadir al ver que Frances enarcaba una oscura ceja—, pero no respondo por su gusto con las fiestas. Lo cierto es que, si se me hubiera ocurrido la posibilidad de la ventana, ahora mismo sería como una bola de nieve que gana velocidad al descender por una montaña.

Frances se echó a reír. Cogió la copa vacía de Georgiana y se la llenó de coñac; acto seguido, se la devolvió y levantó el frasquito para hacer un brindis.

—¡Salud! Por nuestras monstruosas familias y por la ingente cantidad de fiestas mejores que esta que nos estamos perdiendo ahora mismo. Que nuestros amigos causen un sensacional revuelo en nuestro lugar.

Georgiana no consideraba que los Burton fueran especialmente monstruosos, y, a consecuencia de su actual y triste falta de contactos, no tenía ningún otro lugar mejor al que ir, pero le parecía de mala educación sacarlo a colación en ese instante, así que hizo chocar la copa contra el frasco y dio un buen trago. Cansada, Frances suspiró contra la columna como si en el mundo no hubiera una mayor tragedia que la de tener que soportar una velada anodina.

—El único consuelo que me queda es que la señora de la casa es un personaje de primera. ¿Has visto su vestido? Es de satén rosa e incluye un corsé cuestionable. Parece un pastelito de fresa que alguien hubiera agarrado y estrujado con la mano. Supongo que el señor Gadforth va a tener que frotarla con grasa de ganso para quitarle el vestido.

Georgiana soltó una risilla, sonrojada y mareada por la atención de que era objeto y por el coñac, que por lo visto estimula-

ba a Frances. Estaba describiendo el bigote del señor Gadforth —«¿Has visto alguna vez a una ardilla pisoteada por un caballo?»— cuando oyeron el golpeteo de metal contra cristal, seguido por una pausa en los murmullos del salón, que indicaba que alguien estaba a punto de tomar la palabra. Con los ojos en blanco, Frances se puso en pie y se alisó las arrugas de la falda antes de guardarse el frasco en el bolso.

—Vamos. El señor Gadforth va a chillar de alegría y le va a ofrecer su cuerpo terrenal y su alma inmortal a mi padre como agradecimiento por el cuadro horrendo, y yo debo estar allí para lanzar sonrisas y hacer reverencias, o por lo menos para contenerlo cuando se disponga a darle un beso en la boca.

Le ofreció un brazo a Georgiana, y juntas regresaron a la fiesta como si fuesen dos viejas amigas e íntimas confidentes.

\* \* \*

El señor y la señora Gadforth estaban, de hecho, justo delante de lo que debía de ser *El cuadro horrendo*, sonriendo a sus invitados de oreja a oreja y aferrando copas llenas hasta rebosar con unas manos ligeramente sudadas. Georgiana ya no podía sino ver a la señora Gadforth tal como la había descrito Frances, y reprimió una carcajada cuando la anfitriona se ajustó el corpiño con torpeza y los pechos se le quedaron alegremente inclinados hacia el techo. Frances también se rio y no hizo amago alguno de ocultar el deleite, y a continuación se soltó del brazo de Georgiana y le dedicó una breve y sarcástica reverencia de despedida antes de cruzar la estancia para colocarse junto a quienes la joven supuso que eran el señor y la señora Campbell.

Como de repente se sentía expuesta sin una nueva amiga ni un familiar detrás del cual ocultarse, Georgiana se desplazó hasta el fondo de la sala cuando el señor Gadforth se aclaró la garganta y comenzó a hablar. No oyó ni una palabra de lo que con

toda probabilidad era un monólogo insoportable; se dispuso a mirar a los Campbell.

El padre de Frances era un hombre bien parecido: alto, pálido, de espalda ancha, con pelo oscuro y bigote peinado con esmero. Era imponente y lucía ademanes casi militares, además de una sonrisilla en los labios que, si bien tembló ligeramente cuando el señor Gadforth alzó la voz y mostró más entusiasmo del necesario, no desapareció en ningún momento. Su esposa también era alta y arrebatadora, pero era delgada donde él era fornido, y su piel era muy oscura; Georgiana dedujo que debía de proceder de África o quizá de las Indias Occidentales, obviamente de una tierra mucho menos gris que Inglaterra. A simple vista, nadie parecía prestarle una atención especial, pero, cuando Georgiana la miró de nuevo, se percató de que el caballero que se encontraba a unos cuantos pies no podía dejar de observar a la señora Campbell cada pocos segundos. Un criado, que pasaba junto a ellos con una bandeja llena de bebidas, la observaba abiertamente. La mujer llevaba un vestido de suntuosa seda azul y los bucles espesos y negros recogidos con maestría e inmóviles gracias a numerosas horquillas. El collar que le adornaba el cuello era claramente de diamantes auténticos.

Por más impresionantes que fueran sus padres, ninguno de ellos podía compararse con Frances.

Georgiana ahora podía verla con claridad, pues la señora Gadforth obviamente había concentrado en esa sala, y solo en esa, su presupuesto en velas. El vestido de Frances era de corte sencillo, pero estaba engarzado con meticulosas joyas, para que brillara siempre que la luz incidiese en ella. Sus mejillas desprendían cierto lustro, que seguramente daba la impresión de ser un resplandor juvenil y vivo a aquellos que no estuvieran al corriente de que tal efecto era producto de la ingesta de una

copiosa cantidad de brandi francés. En sus ojos, de color marrón dorado y que desprendían un sorprendente fulgor contra el oscuro tono ámbar de su piel, había algo que indicaba que se le había ocurrido algo sumamente gracioso. Todo, desde las cintas que llevaba en el pelo hasta la forma en que se erguía, daba fe de una riqueza inimaginable, así como de una elegancia innata. Georgiana se sintió de inmediato indigna de tal compañía, además de experimentar un deseo mucho más urgente y desesperado por atraer a Frances y convertirla en su amiga.

El señor Gadforth, mientras tanto, se estaba acercando al clímax de su discurso.

—Este precioso cuadro, esta maravillosa obra de arte, ha completado nuestra casa, y, siempre que pose los ojos en él, pensaré en mi amabilísimo amigo, mi muy estimado lord Campbell.

Georgiana se sobresaltó y estuvo a punto de derramar la copa por segunda vez aquella noche, y luego lanzó una mirada de asombro a los padres de Frances: no eran el señor y la señora Campbell, sino lord y *lady* Campbell. Miró de nuevo a Frances, que ahora le estaba sonriendo con suficiencia al señor Gadforth. El hombre le devolvía la sonrisa con gentileza y levantó la copa, como si hubiera hecho un chiste y no fuese él el desgraciado impulsor de aquel gesto.

El discurso dio paso a un aplauso educado, y a Georgiana se le revolvió el estómago por la incomodidad. Si Frances y sus padres se marchaban en ese momento, pondrían fin al breve y burbujeante paréntesis de la monotonía de su vida con los Burton. Si se veía obligada a soportar otra semana que consistiera únicamente en conversaciones acerca de las puntadas de los chales o de las condiciones propicias para cultivar tulipanes, sabía que perdería el control de su mente racional. Frances le prometía un futuro de conversaciones ingeniosas, de compañías y fiestas emocionantes de las cuales una no soñaba con huir corriendo

colina abajo para aterrizar sobre una zanja embarrada. Frances era el inicio de algo, de una historia en la que Georgiana quería participar desesperadamente, hasta el final.

Cuando se alzaron las voces por la sala y se retomaron las conversaciones, ella no se atrevió a levantar la vista para ver si los Campbell se habían marchado.

Casi se mareó de alivio al notar que una mano fría le rozaba el brazo.

—Aquí detrás se te ve muy sola —dijo Frances—. Como si te hubieran dejado plantada. Ven a conocer a mis padres. —Guió a Georgiana a través de la sala para hacer las presentaciones.

—¿Está pasando el verano aquí, señorita Ellers? —le preguntó *lady* Campbell en cuanto hubieron intercambiado las formalidades.

—En cierto modo, así es, *lady* Campbell, aunque quizá me quede una vez que concluya el verano —respondió impostando lo que pretendía ser un tono liviano y jocoso, como si sus circunstancias solo le hicieran cierta gracia—. Mi madre lleva una temporada enferma, así que mi padre y ella se han trasladado a la costa en busca de aire fresco. Pensaron que lo mejor era que yo me quedara más cerca de la civilización. Mi tía y mi tío, los Burton, han sido tan amables como para acogerme. Viven al lado del puente occidental.

La ubicación de la casa de los Burton, demasiado cerca de la ciudad como para ser una propiedad majestuosa pero demasiado lejos como para resultar a la moda, revelaba suficiente información acerca de su medios (o de su falta de los mismos), y Georgiana creyó que quizá por ello la recibían con menos calidez. No debería haberse preocupado; los Campbell parecían ser la clase de gente a la que su tía describía como «personas refinadas y honorables» —lo cual significaba «personas que no se burlan abiertamente de los demás por el estado de sus cuen-

tas»— y se limitaron a preguntar, con gran amabilidad, acerca de la salud de los Burton.

Apostada un poco más atrás de los Campbell, inconsciente de que era la protagonista de la conversación que mantenían, la señora Burton levantó la mirada y vio con quiénes conversaba Georgiana. Le dedicó a su sobrina una sonrisilla rígida y acto seguido le murmuró algo al oído a su marido, con expresión preocupada. Georgiana supuso que su tía se estaba acordando de los funerales vikingos.

—Frances, cariño, ¿te importa ir a hablar con la señora Gadforth y ayudar a la señorita Ellers a encontrar algo que complemente su vestido? —dijo *lady* Campbell en voz baja, con una mano en el brazo de Frances, tras advertir la gran mancha de ponche que Georgiana había olvidado por completo por culpa de la emoción del momento.

—¡Por supuesto! —exclamó Frances—. Santo Dios, yo estaba tan tranquila aquí, y tú, a mi lado, tan triste y empapada. Ven conmigo.

Georgiana hizo una reverencia y luego permitió que Frances la sacara de la sala, no sin antes comentarle a su nueva amiga, cuando comenzaron a subir las escaleras en penumbra, que estaban tomando la dirección opuesta a los generosos senos de la señora Gadforth.

—Ah, eres una criatura adorable, nadie se dará cuenta —la consoló Frances—. Y, además, me muero por ver el resto de su fondo de armario. Me apuesto toda mi fortuna a que tiene un sinfín de brocados de oro y algunos sombreros festivos que culminan en frutas.

El coñac estaba obrando su magia de nuevo; Georgiana creyó que debía protestar, pero en cierto modo acabó siguiendo a Frances con gran disposición, sus brazos enlazados de nuevo, para ir en busca del vestidor. En aquella oscuridad casi absoluta,

no era tarea fácil, pero al final Frances terminó abriendo la puerta correcta y juntó las manos en un gesto de alegre celebración.

Georgiana se sentó en el escabel de terciopelo rosado de la señora Gadforth y observó cómo Frances sacaba más y más prendas extravagantes del armario: un chal con plumas de pavo real, una máscara que parecía hecha de cuero, un vestido gris con el escote tan pronunciado que de ninguna de las maneras sería capaz de ocultar un pezón, hasta que las carcajadas les hicieron perder el sentido. Frances se dispuso a desabrocharle la espalda del vestido y Georgiana se detuvo unos instantes, insegura, antes de ayudarla con los dedos temblorosos, y a continuación contempló cómo Frances exploraba el armario con un propósito renovado.

—Toma —dijo al final arrebatándole el frasco a Georgiana, que ni siquiera recordaba haberlo cogido—. Pruébate este.

Le lanzó un conjunto de tela inidentificable y salió de la estancia. Georgiana se lo quedó mirando un rato —le parecía demasiado grande y con adornos de mal gusto— antes de pasárselo por la cabeza. A solas, no podía negar que aquel vestido rebasaba la línea de lo ridículo, pero de todos modos se miró en el espejo con una sonrisa boba. El cabello empezaba a soltarse de las horquillas, y en su reflejo detectó una embriaguez general que jamás se había visto. En realidad, no le dio demasiada importancia; todo aquello palidecía en comparación con la felicidad que la embargaba al disfrutar de un breve y tranquilo momento de amistad después de semanas de soledad, por más que hasta el momento aquella naciente amistad pareciera dedicada totalmente a poner contra las cuerdas a un matrimonio rollizo de mediana edad.

—Señora Gadforth, está usted sencillamente deslumbrante —dijo Frances con una voz grave muy cómica al entrar de nuevo en la habitación.

Georgiana emitió una nueva carcajada al ver que Frances ofrecía su mejor imitación del desafortunado esposo de la anfitriona; de algún lugar había sacado un traje y un sombrero que eran demasiado grandes para ella, y debía sujetarlo todo al caminar para no correr el riesgo de quedarse como Dios la trajo al mundo.

—Oh, señor Gadforth, será canalla —respondió Georgiana con un ridículo falsete—. ¡Cómame como si fuera uno de sus púdines!

Frances se rio de alborozo mientras avanzaba hacia Georgiana, y a continuación se desplomó sobre el escabel al lado de ella. Siguieron riendo, con un punto de histeria, cuando Georgiana ayudó a Frances a disfrazarse con un bigote torcido pintado con el kohl de la señora Gadforth. En cuanto lució un rostro bigotudo, Frances se quitó uno de los anillos y se lo colocó en un dedo a Georgiana, como si fuera una alianza.

Fue en ese momento, las dos sentadas sobre el escabel y confesándose los profundos sentimientos maritales que experimentaban la una hacia la otra («Señor Gadforth, ¡comparado con el cuadro es usted una auténtica obra de arte!», «Ay, gracias, señora Gadforth, y permítame añadir que me ha encantado cómo ha podado los cipreses del jardín trasero, les ha dado un aspecto ligeramente fálico»), cuando *lady* Campbell las encontró.

Georgiana se quedó paralizada al ver que se abría la puerta, de repente tan avergonzada y horrorizada que pensó que iba a empezar a arder por combustión espontánea. Para su sorpresa, *lady* Campbell no estaba enfadada, tan solo cansada.

—Lávate la cara y ve a por tu capa, Frances —le dijo en voz baja—. Tu padre dice que nos marchamos. —Giró sobre sus talones y salió sin añadir ni una palabra más.

La humillación se apoderó de Georgiana, y miró a Frances es-

perando encontrar la misma emoción reflejada en su cara; en cambio, Frances solo estaba exasperada.

—En el instante preciso. Justo cuando aparece la más mínima oportunidad de pasarlo bien, aparece ella para aguar toda la diversión. Es un fastidio espantoso.

Se quitó la ropa y empezó a vestirse mientras Georgiana, con el rostro encarnado, se deshacía del estrafalario vestido de la señora Gadforth por la cabeza y lo depositaba con cuidado en el armario. Frances dejó el traje del señor Gadforth hecho una maraña en el suelo y se alejó como si nada de aquello tuviera que ver con ella. Después quiso recuperar su anillo.

—Con suerte nos veremos en la próxima. —Se despidió de Georgiana con un movimiento de la muñeca antes de girarse para abandonar la sala—. Ha sido un placer, señorita Ellers.

Repentina y nuevamente a solas, Georgiana recogió del suelo la montaña de prendas descartadas y empezó a ordenarlas a toda prisa. Devolvió a su sitio el traje del señor Gadforth y se dispuso a bajar las escaleras preguntándose a qué se habría referido Frances al decir «en la próxima» cuando se dio de bruces con los Burton.

—¿Qué narices estabas haciendo, Georgiana? —le preguntó la señora Burton—. ¿Por qué estás tan roja? ¿Te has caído? ¿Estás enferma?

—En absoluto, estoy bien —dijo Georgiana. Se tocó la cara con el dorso de la mano y vio que estaba caliente al tacto.

—De acuerdo, pues ven. —La señora Burton miró a su sobrina con gran suspicacia—. Tu tío ha comido demasiadas uvas y no se encuentra demasiado bien. Nos vamos a casa.